

CULTURA



A la izquierda, Dahlia De La Cerda; arriba, Bibiana Collado Cabrera, y, junto a esta líneas, Veronica Raimo.

NAYELI CRUZ / JAIME VILLANUEVA / ALESSANDRO IMBRIACO

Una generación de escritoras desacraliza el aura de la literatura exponiendo las trampas y dificultades materiales de su oficio

Obreras de la palabra: el coste de convertirse en autora

NOELIA RAMÍREZ, **Barcelona**
¿Se puede trapichear con la autoría sin cargo de conciencia? En *Nada es verdad*, la autoficción de la italiana Veronica Raimo, se debe porque existe una categoría estipulada para poder hacerlo: pertenecer al “precariado cognitivo”. Traducido al castellano por Carlos Gumpert en *Libros del Asteroide*, en este libro inspirado en la historia de su familia, la protagonista (Veronica, escritora) y su hermano (también escritor, como su hermano en la vida real, Christian Raimo) llevan años subcontratándose textos sin que nadie lo sepa. Concretamente, “artículos, reseñas, prólogos, epílogos, opiniones de escritores sobre el regreso de los *leggings* o la muerte de la novela, incluso cuentos enteros o inspiradísimos versos”. Los hermanos mercadean entre sí con tarifas “que rozan la usura” en función de la ansiedad por el plazo de entrega de quien firma de cara a la galería. En uno de los casos (“la primera vez en mi vida que me prostituí”, cuenta la protagonista), su hermano acabará es-

cribiéndole una crítica de una novela para un periódico. A ella le da angustia hacerla porque es de su misma editorial y no puede dejarla mal. El diario la acabaría felicitando por ese texto que no fue suyo. Ella acabó sin culpa por la artimaña, pero con 500 euros menos que ingresó a su hermano.

Raimo, que juega en *Nada es verdad* con la invención y realidad sobre su persona hasta en el título, confirma que escribió sobre estas argucias económicas para desacralizar el aura que rodea a la escritura. “Muchos autores suelen decir que la literatura les salvó o les hundió. Son los que hablan de demonios, obsesiones y urgencias, todas estas cosas metafísicas o grandilocuentes. Nunca hablan en términos prácticos. Cuando ves a un escritor en una película, suelen vivir en apartamentos elegantes y no hacen otra cosa que agonizar delante del portátil. No sabes cómo pudieron comprar ese piso. Todo se reduce a perder la inspiración. Quería escribir sobre lo que no es fascinante, romántico o heroico”, explica

en un intercambio de correos electrónicos.

Disparar contra la mística de su oficio se ha convertido en un objetivo común que conecta a Raimo con una nueva generación de autoras. Alérgicas al halo de divinidad que acompaña a la escritura, exponen en sus libros lo prosaico. Escriben de dinero y de lo que cuesta ganarlo escribiendo. Se preguntan quién puede convertirse en autora hoy, permitirse la espera de un cobro o tirar con un adelanto raquítico. Quién prioriza su carrera creativa por encima de los cuidados o las responsabilidades con aquellos a los que aman. ¿Qué autora puede asumir esos riesgos sin tener asegurada la estabilidad económica? ¿Cuántas historias se quedarán sin contar porque quienes debían escribirlo no pudieron permitírselo?

Expandiendo la senda que marcó Tillie Olsen a mediados de los sesenta cuando denunció en *Silencios* los vacíos impuestos a las mujeres en la creación literaria, nuevas autoficciones y ensayos desmitifican y reniegan de la leyenda del genio creador. Un mito que edificó el siglo XX con ayuda de los medios de comunicación masivos cuando se premió el malditismo del escritor egoísta y depredador. Aquel cuya única responsabilidad y preocupación eran sus palabras. Su figura se convirtió en un ideal de libertad tan sexi como comercial, con Ernest Hemingway como su chico del calendario.

“Culpo a los hombres de ser herederos de la escritura romantizada”, contesta a través del correo la mexicana Dahlia de la Cerda (Aguascalientes, 38 años). “Son esos que tenían la vida económicamente resuelta, con mujeres que les cocinaban y les lavaban la ropa, que se podían dar el lujo de escribir como un acto propio de los genios. Esos son los que nos dijeron que lo importante era la

Raimo habla de las tretas económicas de su trabajo en ‘Nada es verdad’

Marta Sanz y Elena Medel denuncian el silencio en el proceso material de creación

“Priorizo dignificar mis condiciones laborales”, dice Dahlia de la Cerda

literatura en sí misma, amar el acto literario hasta que duela. Yo llegué a la literatura desde una familia de comerciantes: si no vendía, no había paga. Con esa lógica llegué, no con la de señores burgueses que pueden darse el lujo de escribir por amor”, denuncia. La autora del fenómeno editorial *Perras de reserva* (Sexto Piso, 2023) se autodefinió como “obrero de las palabras” en su texto *Por qué no se habla del dinero de las escritoras* (publicado el pasado verano en la *newsletter* de *S Moda*). “Cuando digo que me gusta y me interesa y que mi prioridad como escritora es capitalizar lo más posible mi trabajo, me miran como una cerda capitalista. Pero, para mí, dignificar las condiciones en las que trabajo, y esto incluye la escritura, es político”, explica la cofundadora del colectivo feminista *Morras Help Morras*, en el que se trabaja la movilización de recursos, procuración de fondos y la relación de las activistas con el dinero.

En España, autoras como Marta Sanz, Elena Medel o Belén Go-

pegi han denunciado este silencio sobre los procesos materiales de la creación en sus ficciones. Esas escritoras son las que inspiraron a Bibiana Collado Cabrera para denunciar en *Yeguas exhaustas* (Pepitas de Calabaza, 2023) que “la ficción ha sido tradicionalmente conservadora” y que “la circunstancia económica solo es relevante si uno de los miembros de la pareja es de una clase diferente (vaya eufemismo de clase baja) y tiene que superar esa carencia para lograr la unión”.

La periodista Sarah Jaffe denuncia la precarización e invisibilización de los procesos dedicados al trabajo creativo en *Work Won't Love You Back*, un ensayo que radiografía la cultura laboral contemporánea y que, por ahora, solo se ha traducido del inglés al catalán (*La feina no t'estimarà*, publicado en Ara Llibres). “Si eres artista, demasiado a menudo sientes que tu trabajo es un lujo y eso hace que tu identidad parezca un papel de cara al público”, lamenta una dramaturga precarizada que sirve como fuente en su libro, y lo confirma la autora en una charla por videoconferencia desde Londres.

Por su parte, Raimo confirma que existe un giro a la hora de enfocar estos temas en los libros. Y que incluso hay quien se hace el pobre para triunfar más. “Estoy notando que ahora es *cool* reclamar un origen proletario si eres escritor. Hay un interés por la literatura de la clase trabajadora. Creo que a muchos escritores les avergüenza su privilegio, así que, en lugar de deconstruirlo, se fabrican un origen alternativo o un presente alternativo donde pretenden ser más pobres de lo que son. Se quejan del dinero, pero desde una perspectiva individual y no colectiva o que les lleve a sindicarse”, denuncia.